

—¿Pues qué estaba enfermo, padrino?

—Estaba loco.

—¡Pobrecito!

Cerró la noche, y nosotros cerramos la ventana.

Me fuí a dormir. Soñé con ejércitos de gigantes en fuga, combates de leones y caballeros, lanzas enristradas por invisibles campeones, tizonas flamígeras que destruían encantamientos, gorros de barbudos nigromantes, como los de las comedias de magia, y en todas partes, aquí y allá, Don Quijote y su escudero, el uno, escuálido, triste y noble, arremetiendo a estocadas y mandobles contra hechizos y villanías; el otro, rechoncho y grosero, entre asombrado e incrédulo, huyendo del peligro y del martirio, de las piedras de los galeotes y de los ayunos de Sierra Morena.

Y escuché en sueños una formidable risotada, una risotada universal. Uí a ella mi risa.

\*  
\* \*

Después, años más tarde, mi padre me hizo leer el gran libro. Era mi recreo al regresar de la escuela. Lo leí y lo comenté en la juventud: lo he releído y meditado en la madurez. Y la risa inocente de mi niñez y la sonrisa maliciosa de mi pubertad se han vuelto, en esta última lectura, un gesto doloroso. El *Quijote* es para mí una sátira triste; una melancólica ironía.

Y he tornado a repetir las mismas palabras que hace treinta años pronuncié en la vieja ventana, frente a las arcaicas estampas, oyendo las explicaciones del benévolo y anciano canónigo:

—¡Pobrecito Don Quijote!

1906.

## EL MINISTRO Y LOS POETAS.

---

Los poetas—todavía me siento uno de ellos, uno de tantos, y ése es mi orgullo—le debemos una galantería al señor Ministro, y la verdad es que no se la hemos pagado de un modo digno y serio, tal como corresponde a un Secretario de Estado. Algún burlón o maldiciente preguntará quizás, al leer el principio de esta crónica:

—Vamos: este adulatorcillo pretende elevar, a modo de memorial, un poema en octavas a la *Supresión de las alcabalas*, o una oda pindárica *En celebración del nuevo sistema monetario*.

Tal zumbón epigrama no me arredra. Claro que no me siento capaz de emprender labores tan arduas; pugnaría, y hasta repugnaría el asunto de esos dos temas con mi ideal estético; pero si yo no puedo salir avante en problemas tan alambicados y por todo extremo difíciles, no faltaría quien, mejor dotado por la educación y por el talento, lograra, con beneplácito de academias científicas y literarias, versificar teorías económicas, traducir en bellas metáforas los asuntos financieros y verter en la crátera cincelada de la poesía el vino fortalecedor de la ciencia. Para el pensador que baña sus ro-

bustas y ágiles ideas en el profundo mar de la fantasía, y conoce, además, los más íntimos secretos de la forma, no sería tal vez un obstáculo insuperable la aridez de semejantes cuestiones. Desde luego se me ocurre uno que de fijo haría una maravilla con ellas: el maestro Parra. Este borlado de la verdad y de la hermosura, encontraría, por el poder de su penetración y su buen gusto, el camino, bordado de flores, que habría de conducirnos al templo donde Minerva espera el culto fervoroso de los elegidos. El maestro Parra, que ha cantado con esto tan viril e inspiración tan elevada las cosas que más parecían sustraerse a la métrica y al tropo (la oda a la *Matemática*; la rima becqueriana a *Dinamos*, el poema cósmico de *El Agua*) es mi candidato. Porque Porfirio Parra, como un Moisés del arte, puede, con la virtud de la mágica vara de su ingenio, sacar la diáfana linfa de la poesía de la roca dura y seca de la ciencia.

Empero, no es de eso de lo que se trata. Trátase de agradecer al señor Ministro, no su hábil y meditada gestión hacendaria, no el equilibrio de los presupuestos, no la conversión de la deuda pública, no el acrecentamiento de los caudales de la Nación, no las modificaciones justas del arancel, no la equidad de los impuestos, no, en fin, el bienestar económico y el crédito de la República..... no; el señor Ministro para nosotros ha hecho una labor tan importante como todas éstas: ha plantado árboles y cultivado flores. La resurrección, el rejuvenecimiento del bosque de Chapultepec son obra suya.

El Doctor Fausto, entre infolios y retortas, en la soledad polvosa de su laboratorio, soñaba en volver a la pasión, a la ilusión, al amor, al deseo.

Una noche, de la sombra de un ángulo brotó un fuego fatuo que creció poco a poco, y, acercándose, se hizo hombre. Mefistófeles, el barbitaheño, retorciéndose el mostacho "a la usanza borgoñona," y sonriendo con la malicia de su boca astuta y de sus ojos chispeantes, preguntó francamente al viejo sabio de las barbas nevadas:

—¿Me darás tu alma si te devuelvo la juventud?

—Sí, contestó el anciano de la leyenda germana, tendiendo sus manos temblonas y momificadas hacia los abiertos Evangelios.

El alma del bosque, como la de Fausto, está vendida a cambio de adornos primaverales. Ha celebrado un pacto: se entregará cuando haya gozado de la delicia inefable de dar rosas y de abrigar pájaros. Sólo que la juventud de las selvas es secular. La frescura nueva de Chapultepec se prolongará por muchos años.

\*  
\* \*

Yo recuerdo que, hace tiempo, aquel bosque era un paraje agreste, inculto; bello, pero envejecido por el abandono.

Se asemejaba a un grandioso templo ya en ruinas. Los follajes marchitos, las frondas anémicas, los troncos roídos, las malezas polvorientas dan, en efecto, la impresión de lo ruinoso. Nos entristecen con un ramaje que se retuerce, como un torso humano, en una angustiosa desesperación; con una planta a la que sólo quedan las varillas espinosas de las que cuelgan corolas cenicientas y podridas; con un nido que se balancea, deshecho, entre la fronda lánguida; con una estatua mutilada por cuyo

plinto sube el musgo. Entonces pensamos en las cosas tristes, y el apagado ruido de nuestros pasos en la yerba, despierta antiguas memorias, amargos rencores, penas y desengaños de ayer, nostalgias vagas, melancolías fugitivas.

Los ahuehuetes del bosque iban perdiendo su verdinegra y cana cabellera. Chapultepec, como Cyrano, quería morir con su penacho; pero los días pasan, el agua corre y los campos se marchitan. Chapultepec era una naturaleza salvaje que había perdido la fuerza de conservarse hermosa. Era un sitio de contemplación, de meditación, de unción. Cuando alguien se internaba por bajo sus agujereadas bóvedas de heno, iba pensando en lejanías históricas, en coruscantes y suntuosas fantasmagorías precortesianas, en regias fiestas indígenas, en ceremonias teológicas y cruentas, en idilios de amor antiguo, lleno de ingenuidad y ternura; y allá, en el fondo obscuro y húmedo de la arcada, nos imaginábamos ver cruzar al guerrero de casco hecho con la cabeza de un tigre, o al noble diademado con plumas de quetzal. Cada árbol era una evocación; a su sombra se habían arrullado ternuras y tendido cansancios de antaño. Nos encantaba a los melancólicos esta selva venerable que se rendía y se caba, agotada como una cortesana ardorosa, porque la había besado largos siglos su amante el Sol.

Sin embargo, un sentimiento de piedad se mezclaba a nuestro encanto. El bosque se moría; presentíamos su muerte no remota. Y el viento que arrancaba ramas y quejas de las copas, parecía empeñarse en destruir, en debilitar, en herir a esa campiña sagrada, por donde erraban, como el trágico

padre por la terraza de Elsenor, las sombras de nuestros mayores.

De repente, casi violentamente, aquella vejez sonrió, con una sonrisa de alegría amable; y aquí y allá empezaron ramazones y frondajes a deshacerse en hojas y en pétalos. Y pudimos decir como el poeta: "Huele el campo a flores nuevas."

Los visitantes asiduos, los matinales, los que íbamos a Chapultepec a cobrar un poco de fuerza y a beber otro poco de aire que nos permitieran gastar la vida en el sedentarismo de una oficina o en la mesa de una redacción, sin morirnos tan pronto; los que para luchar por el pan cotidiano, tan difícil de llevar a casa sin lágrimas y sin fatiga, necesitábamos del secular bosque como de un amigo que consuela y alienta, notábamos, mañana por mañana, que una transformación vigorosa, que era así como un sereno despertar, derramaba belleza por todas partes. En los arriates descuidados, brotaban ahora frescas verduras; los parajes escondidos bajo la hirsuta maleza, estaban ahora limpios y dispuestos a recibir en la negra arena removida, la semilla; los camellones, como un canastillo colmado, rebosaban en rosas; las trepadoras ascendían por muros y follajes, balanceando sus azules copas de *champagne* o sus rojos *pompones*; una multiforme y policroma florescencia se levantaba en torno de los gigantescos ahuehuetes que, antes, inclinaban en vano su cabeza blanca, para buscar en el suelo, entre el pasto reseco y mustio, la fresca risa de una amapola recién abierta. Era una mano cuidadosa, paternal, delicada, la que echaba sobre este buen anciano, ya aterido y triste, un manto de flores.

De veras que fué aquello una resurrección. El ruido del trabajo rompió el antiguo y señorial silencio. Por acá el martillo de los picapedreros que labraban la cantería de una fuente monumental; por allá los zapapicos de los peones que abrían surcos; las palas de los jardineros que movían la tierra; el agua de las mangueras que salía en chorros estrepitosos y sonoros; todo en el bosque era un himno de regocijo, un cántico de felicidad y de juventud.

Y así surgió el jardín, y así se ensanchó el parque, y así fué cómo, a semejanza de lo que narran los cuentos infantiles, la selva en ruinas se convirtió en mansión primaveral y en alcázar *féérico* y deslumbrante. Las urnas fragantes de los lirios pudieron ya ofrecerse, henchidas de rocío, a la sed de esos inquietos y alados músicos que hacen un salón de conciertos de cada ahuehuate, y que en otro tiempo tenían que volar muy lejos a refrescarse la garganta para poder seguir cantando sus orfeones crepusculares.

Hoy Chapultepec tiene senderos umbrosos, alfombras y tapices de flores, lechos de grama y pasto para que retocen los niños, bancas rústicas para que cuchicheen los enamorados; un estanque para que surquen las claras aguas los cisnes airosos, como blancas y pequeñas barcas griegas; un lago para que muchachas y muchachos se ejerciten en juguetones deportes que llenan de risas francas y gritos de susto las minúsculas embarcaciones. Tiene una «Calzada de los Filósofos», tiene otra «Calzada de los Poetas»... ¡ah, señores poetas y señores filósofos, bien que debemos estar agradecidos a esta galantería de un hombre de Estado! Bien que merece el señor Ministro de Hacienda nuestro agradeci-

miento. La ciudad entera le debe estar reconocida. Porque no sólo da flores, y versos, y meditaciones, y amores, el bosque rejuvenecido; da también salud, alegría y belleza.

Yo no sé si todavía alguno estará inconforme con las leyes sobre Bancos; lo que puedo asegurar es que no hay nadie que proteste contra esta gran obra de hermosura y civilización, que tan constante y sabiamente lleva a cabo el Sr. Ministro en el bosque de Chapultepec.

A los funcionarios, a los hombres de negocios, los ha admirado un estadista tan perspicaz, tan científico, tan perseverante; un administrador tan ordenado, un economista de tan sólidos conocimientos y de miras tan altas; a mí, poco ducho en penetrarme de las graves cuestiones de la finanza, me conquistó—años ha que me conquistó—el hombre que tan cariñosamente cuida los árboles, y muestra gusto tan exquisito en plantar flores, y con tan delicada finura mimó y hermosea el bosque, y con tal esplendidez y largueza lo engalana de regios atavíos. Este hombre ama a la Naturaleza, y la comprende y sabe sentirla, y sabe compenetrarse de ella.

Los poetas—y no digo los filósofos también, porque eso no corre de mi cuenta—le debemos una cortesía al Sr. Ministro. El bosque le debe la vida y la juventud.

Por eso, al concluir el banquete que un selecto grupo de admiradores ofreció al miembro del Gabinete en el *restaurant* de Chapultepec, mientras sobre su cónico promontorio se perfilaba la silueta del Castillo en el incendio de la puesta del sol; mientras comenzaban a guiñar, en el violeta empenum-

brado del cielo, los ojos de oro de las primeras estrellas; mientras los invitados y los comensales bajaban por las escalinatas del gran kiosko con la última gota de champagne en los labios y la última frase del brindis en la memoria; mientras, enlazados por el afecto que, en ese instante, recrudecido por la emoción, latía más intenso en los corazones, los amigos se despedían del agasajado, yo creo—estoy seguro de ello—que sacando sus cabezas de la compacta masa de las frondas, los ahuehuetes—esos otros amigos y admiradores del Sr. Ministro,—movidos por el viento, se inclinaban hacia su protector, y en sus rumorosas caravanas le enviaban un saludo de gratitud. Y creo también que hojas y flores, aprovechándose del viento de la noche, que empezaba a soplar, han de haber murmurado un *¡muchas gracias!* de lo más cordial y sincero.

Estas manifestaciones del bosque me parecen justificadas. Yo las apruebo, en nombre de los poetas, que debemos al señor Secretario de Hacienda la resurrección de un campo sagrado, el rejuvenecimiento de los viejos árboles y el nombre de una calzada.

## VE A LA ESCUELA . . . .

---

El niño salió temprano, después de haber recibido el beso maternal sobre la fresca mejilla. Salió calladamente alegre, contemplativo y risueño, mirando, con fijeza distraída, cómo palidecía en el horizonte el rosicler de la mañana. El aire estaba fragante y sacudía entre las cinceladuras del follaje los primeros rayos del sol. Aun los estambres de las enredaderas temblaban con la lluvia de cristal del rocío. Los pájaros salían, en puñados, de las copas húmedas, y se desgranaban a la vera del camino. El muchacho caminaba, pensando, como el Dios bíblico, que lo creado era bueno. Y seguía su marcha con lentitud y uniformidad, seguro de que iba a ser de los primeros en sombreadarse bajo la vieja *portalada*, en espera de que el semblante rugoso del dómine, asomando por el entreabierto postigo, anunciara la hora de la clase.

Estaba decidido; lo había jurado *in petto*, mientras, en pie, junto al sillón de la abuela, mudo, arrepentido, tembloroso, en lucha íntima con las lágrimas rebeldes, sentía la seca mano de la anciana pasar por su cabeza, en delicada caricia, como se posa un ave en el nido, y oía la voz dulce, suplicativa, con entonaciones de plegaria, decir el

tierno estribillo: ¡hijo, sé bueno; ve a la escuela! Y sí que iría! ¡Buenos eran los amigos para impedirlo! Nada; ya no más ver la cometa incrustarse, susurrando, en el azul del horizonte; ya no más arrojar la peonza sobre el terrado para que su vértigo levante microscópicos torbellinos de polvo; adiós, iris de las *canicas*; adiós, ave del paraíso de la raqueta!

El muchacho va palpando con dichosa fruición, la bolsa de los libros; allí la lleva, en el mismo sitio donde los guerreros y los trovadores de sus cuentos llevaban la espada y el laud. Ahora sí está seguro; la noche anterior, al concluir el rezo, había preparado la lección, y casi resuelto el problema de aritmética, planteado, después de larga meditación, por el sabio vejete de la escuela.

¡Qué hermoso día! La luz clara, virginal y fresca, se filtraba por todos los poros del alegre caminante, hasta llenar su alma de resplandores y alumbrar interiormente aquella cabeza pensativa llena de números y preceptos científicos.

Llegó a la aldea, a buena hora; pasó junto al ábside del templo, en cuya cornisa destartada las golondrinas que charlaban, reconociéndole, abrieron las alas azules; y él creyó que le decían: vamos, amiguito, a la escuela. Torcía las callejas, saludaba a los transeuntes, andaba listo, radiante, con el cuello erguido y la gorra levantada, para que se pudiera ver en su frente la estrellita del estudio.....

Poco faltaba, cien pasos a lo más, cuando de la plazoleta vecina salió una explosión de risas chillantes y de gritos agudos; un traqueteo de chiquillería desenfrenada. Y el buen muchacho se detuvo

bruscamente, como si algún obstáculo invisible le impidiera el paso.

Había reconocido a sus camaradas, a su traviesa banda, a su cuadrilla regocijada.

El era del enjambre, y de pronto, una ola de deseo, viva, furiosa, enérgica, se levantó en su pensamiento, y el joyero de la memoria, abierto de par en par, le presentó las riquezas de los días felices hurtados al rincón oscuro de la escuela, al pupitre raspado, al tintero que se volcaba sobre la banca grasienta, al libro que se despanzurcaba, echado perezosamente en la palma de la mano, al rostro, de abate irascible, del maestro; aquellas risas, aquellas exclamaciones, aquellos gritos, eran la música arrulladora de placeres queridos; le hacían ver llanos empapados de sol; árboles cargados de frutos; zanjas de agua verdosa; colinas escarpadas, y, en todas partes, la banda de chicuelos, colgada de las ramas, bañándose en los arroyos, apedreando a los pájaros, persiguiendo a los reptiles. ¿Cómo fué que tan pronto se hubiese podido destruir la firme catedral de sus propósitos? ¿Qué soplo apagó el incendio de su fe? ¿Qué viento arrasó la pirámide de sus arrepenimientos?

Un instante de indecisión, un minuto de angustia, un combate de titanes en el reducido espacio de aquella almita, y luego..... el saludo de un rezagado de la fiesta, los aplausos de bienvenida, la discusión de las excursiones, el ejército en camino, la caravana bulliciosa, corriendo, libre y olvidada de todo, a través de las llanuras sin límites y bajo la serenidad de los cielos.

.....Cuando el muchacho volvió a la casa, después de cazar nidos, bailar peonzas, y aventar el